

HAMLET: ACTO IV

El Acto IV me transmite una sensación de desconcierto y desesperanza. Hamlet ya no es solo un joven dolido; empieza a sentirse atrapado por las decisiones que ha tomado y por las consecuencias que no controla. Su tristeza y su rabia se mezclan con la frustración de ver que todo a su alrededor se desmorona: amigos traicioneros, planes que fallan y un mundo que parece cada vez más injusto. Es fácil empatizar con él, porque todos hemos sentido, al menos una vez, que la vida nos supera.

Me commueve especialmente su manera de enfrentar la muerte y la traición. Cuando habla de su propia incertidumbre o cuando actúa con un humor extraño, se nota que intenta protegerse del dolor, pero no puede evitar que su humanidad salga a flote. Hay momentos en los que casi puedes ver su miedo y su soledad, y eso lo hace muy cercano, más que un príncipe trágico, un joven que lucha con emociones que nadie más parece entender.

Al final, este acto me deja con una sensación de tensión y vulnerabilidad. Hamlet avanza hacia su destino, pero con cada paso parece perder un poco más de sí mismo. Lo que más me toca es que, detrás de la trama política y la venganza, está la historia de un ser humano intentando sobrevivir a su propio dolor y a un mundo que lo empuja al límite. Es un acto que mezcla acción con emoción, y lo hace sentir real, cercano y profundamente triste.